

muy anterior al sacrificio del Gólgota. La copa del Santo Grial que contiene las preciosas gotas de sangre divina fué buscada con el mismo ardor por los guerreros celtas de las Galias y de Bretaña, como lo fué después por los caballeros cristianos del ideal; el *pergedour* de Taliesen se ha convertido en el *Parsifal* de Wagner¹. Alrededor del campanario bajo el cual se reza, las danzas lupercas significan que los dioses no han cedido al Cristo más que la mitad de su reino².

No hay duda que hubo apóstoles destructores, animados de santa cólera contra la idolatría, como Pablo el Eremita y Bonifacio, que quemaron las estatuas de Diana y derribaron á hachazos las encinas sagradas; pero más numerosos todavía fueron los hábiles y los pacientes que, confiados en que «el tiempo es largo», sólo cambiaron los nombres sin llegar al fondo de las cosas. Se observa casi como regla general que en los mismos sitios en que antes se hallaban los santuarios galo-romanos más venerados, se elevan actualmente las iglesias ilustres; para encontrar los restos de los altares paganos, basta cavar debajo del coro. En muchos templos de Italia no se tomaban la pena en el siglo V de quitar de su sitio las estatuas veneradas; se escogía solamente entre sus numerosos calificativos el que se prestase mejor á la evolución religiosa. Demeter nodriza se convirtió naturalmente en una Virgen del *bambino*; en otras partes ni se intentó siquiera una modificación en las manifestaciones de la fe popular. De ese modo Venus, que continuó amada bajo el nombre de Santa Venicia, se representa en sus imágenes desnuda con una faja ceñida á la cintura³. ¿Y acaso las «vírgenes negras», traídas de las Cruzadas, son menos veneradas que las vírgenes blancas, expuestas en todas las iglesias á la adoración de los fieles?

Por otra parte, los monjes cristianos encargados de trabajar en la conversión de los ingleses todavía paganos, recibieron del papa Gregorio el Grande la orden formal de facilitar con gran condescendencia la transición del paganismo al cristianismo. Siguiendo una conducta muy diferente de la que había prevalecido en los primeros tiempos de la Iglesia, habían de abstenerse de derribar los santuarios

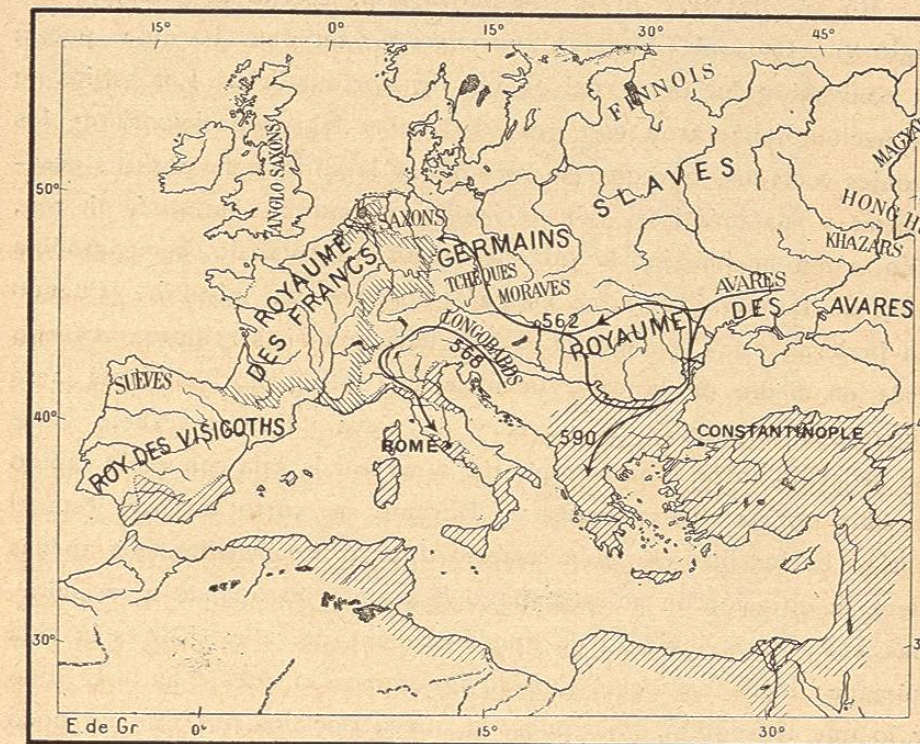
¹ A. von Ziegesar, *Der heidnische Untergrund der Gralsage*.

² Remy de Gourmont, *Revue Blanche*, 1.º Abril 1898, p. 488.

³ Dureau de la Malle, *Mémoire sur Sainte Venise*, Acad. des Inscriptions; Remy de Gourmont, *Revue Blanche*, 1.º Abril 1898, p. 489.

de los antiguos dioses y limitarse á su purificación, «á fin de que la religión cristiana pudiese celebrar en ellos sus fiestas y aprovecharse de la piedad ciega que impulsaba hacia esos sitios familiares á las multitudes idólatras. Asimismo no han de suprimirse totalmente sus

N.º 276. Europa de 552 á 590.



1 : 40 000 000
0 1000 2000 3000 Kil

Según A. Lefèvre, están representadas en este mapa la invasión de Italia por los Lombardos, último movimiento de conjunto de una nación germánica, después la ocupación de la llanura danubiana por los Avars, con incursión hacia el Oeste y el Sud; en lo sucesivo los reinos de la Europa occidental han de digerir sus conquistas y las poblaciones han de acomodarse á su vecindad étnica y á su contorno geográfico.

El territorio del imperio de Occidente está cubierto de un rayado general, el reino de los Francos está limitado por un cordoncillo de rayas cortas.

sacrificios y sus festines sagrados, bastará que se les celebre en lo sucesivo en honor del verdadero Dios y de sus santos... El que quiere ascender á las más elevadas cimas sube paso á paso y no por saltos»¹.

¹ *Epistola XL*, citada y traducida por God. Kurth, t. II, ps. 38 y 39.

Esta prudencia de los propagandistas, ayudada por el movimiento general de las gentes, que veían en la religión cristiana el culto de Roma y sufría, á pesar de todo, bajo esta forma la influencia de la ciudadanía romana, tuvo los resultados más favorables para el éxito rápido de su propaganda.

En su *Historia de la Iglesia inglesa*, escrita al principio del siglo VIII, Beda el «Venerable» refiere en términos de dulce poesía la conversión del rey y del pueblo de Northumbria. Los sabios de la nación deliberaron con gravedad sobre las proposiciones de los monjes romanos, que querían reemplazar la antigua fe por sus enseñanzas y sus prácticas. Un anciano se levantó: «He aquí, oh rey, dijo, cómo me imagino la vida del hombre aquí abajo, comparándola á la de la eternidad, que es para nosotros un misterio. Cuando en invierno estás sentado en el banquete con tus servidores, el fuego arde en medio de la sala, llena de un dulce calor, mientras fuera rugen los torbellinos de lluvia y de nieve. Entonces suele verse un pajarillo entrar por una puerta, atravesar la sala con vuelo rápido y salir por la puerta opuesta. Durante ese corto trayecto está al abrigo de los furiosos de la tempestad, pero ese instante feliz apenas tiene la duración de un relámpago, y pronto, escapando á tus miradas, entra en el invierno de donde acababa de salir. Tal es la vida humana: brilla un instante, pero ignoramos lo que le ha precedido y lo que le seguirá. Si, pues, la nueva doctrina nos trae un poco más de certeza, merece que la adoptemos»¹. Una vez más el miedo á lo desconocido había arrastrado á los ignorantes tras los guías no menos ignorantes, aunque sostenidos por una ardiente fe.

Los «portadores de buenas palabras» no dejaban de ejercer inmediatamente una gran influencia sobre los sencillos bárbaros cuyo culto dirigían; reemplazaban á los antiguos magos, á los adivinos y agoreros, y su valor aumentaba por la consideración de que gozaban de la confianza de los nuevos dioses; su acción se hallaba singularmente engrandecida en las comarcas del antiguo imperio donde, por la fuerza de las cosas, habían llegado á ser los árbitros entre diversas partes de la población. Así fué que en las Galias, los indígenas

¹ *Hist. Ecc. Angl.*, 11, 13, trad. G. Kurth, *Origines de la Civilisation moderne*, tomo II, páginas 18, 19.



Museo Guimet

ANTINOF.—ESQUELETOS DE THAIS Y DEL MONJE SERAPION

Cl. Giraudon

lo mismo que los bárbaros, veían en aquéllos administradores naturales y jueces imparciales. A la cabeza de la jerarquía cristiana, los obispos constituían el único organismo de la sociedad atormentada que funcionaba todavía con método y regularidad: eran los jueces, los escribas y los consejeros. Jefes reconocidos por residentes pacíficos entre los que repentinamente se presentaban como invasores bárbaros, llegaron á serlo también de los recién venidos, que necesitaban de intermediarios para regir un pueblo cuya lengua no hablaban y cuyas costumbres desconocían.

Aquel fué el «buen tiempo» de la Iglesia, desde el punto de vista del dominio espiritual. Durante esa primera parte de la Edad Media, las poblaciones bárbaras sólo estaban convertidas al cristianismo por confianza, por decirlo así: en el fondo eran tan poco cristianas que no sabían discutir su fe. Tan distantes se hallaban los neófitos de perderse en definiciones dogmáticas, como Teodosio proclamando la ortodoxia: «Yo quiero que todos mis pueblos sigan la religión que practican el obispo de Roma, Dámaso y Pedro de Alejandría»¹. Entonces no había herejía, no se elevaba protesta alguna contra las interpretaciones de la voluntad divina, tal como los sacerdotes las promulgaban desde el púlpito. Todo era cándidamente admitido, aun sin darse la pena de creerlo². El espíritu de examen y la rebeldía contra el dogma no habían de renacer hasta la resurrección del pensamiento, en gran parte bajo la influencia de los Arabes y de los Judíos.

Mas como resultado de esa tendencia á la unificación que trabaja incesantemente por nivelar las sociedades y las clases, hubo una mutua influencia entre los bárbaros que se romanizaban por el cristianismo y los cristianos que se germanizaban. Con la invasión de los bárbaros, la misma Iglesia católica se hizo bárbara. Por lo demás, ¿no habían acogido los obispos á los invasores, estipulando, como precio de su corretaje, que serían respetados los bienes eclesiásticos, y no debían tanto mayor reconocimiento á aquellos bandidos que consintieron en entregarles una parte del botín el día de su conversión? La destrucción del Imperio, el envilecimiento y luego el des-

¹ G. Boissier, *La Fin du Paganisme*, t. II, p. 340.

² Raoul Rozières, *Recherches sur l'Histoire religieuse de la France*, ps. 34, 35.

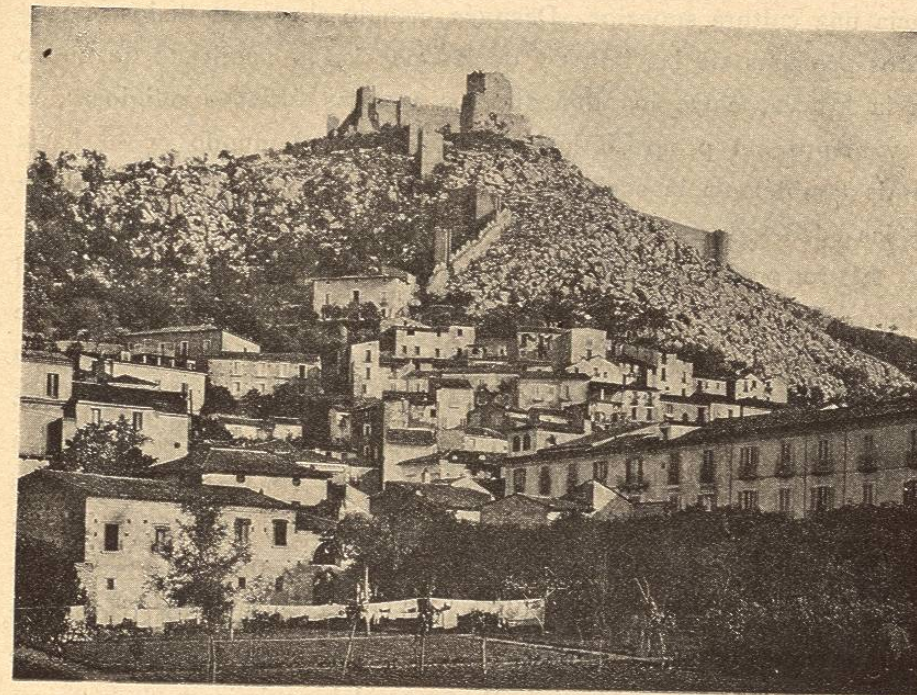
tronamiento de los emperadores dejaban subsistente el poder de los obispos, abandonándoles un reflejo del esplendor imperial y allanaban el camino á esa reivindicación del poder supremo que constituye una parte tan grande de la historia de los papas durante la Edad Media. Sin embargo, cesando de considerarse unida á la civilización greco-latina y acomodándose al medio bárbaro, la Iglesia llegó á asemejarse por su ignorancia; aunque se haya supuesto con frecuencia, no conservó sobre sus altares la llama intacta de la antigua cultura para transmitirla en tiempos mejores á las futuras generaciones. La decadencia era tan completa, que ya no había en realidad lenguas: las de ayer no eran ya comprendidas, las de mañana estaban formándose¹.

Ya bajo la dominación romana, la Galia había sido privada de toda iniciativa intelectual. No impunemente había sido el pueblo decapitado por César, perdiendo un millón de hombres en las batallas y en las matanzas. Las ciudades poseían escuelas donde se enseñaba la gramática latina, y se ejercitaban en la retórica y en la poesía siguiendo los modelos romanos, y si bien es verdad que de esa fraseología no nacían obras originales que revelasen los verdaderos pensamientos de los autores en su lenguaje propio, al menos la palabra era todavía elegante y pura, mientras que después de la caída de Roma la literatura descendió hasta la barbarie; Sidonio Apolinario y Gregorio de Tours, que nos refieren la llegada de los bárbaros, son ellos mismos escritores bárbaros. Y sucede que el horror trágico de esas edades da á tales escritos un gran valor histórico, pero ¿qué diremos de las lucubraciones de los frailes, desprovistas á la vez de toda elevación natural y de todo estilo! Las naciones, privadas de su espíritu, debían rehacerse y preparar largamente nuevos frutos de la inteligencia y el arte: las letras no renacerían hasta la aparición de las novelas, los romances, los *fabliaux*, los cuentos, las sátiras de los laicos y las predicaciones de los heresiarcas.

¿Puede decirse que la Iglesia conservaba con piedad el tesoro de los conocimientos, cuando el papa Gregorio «el Grande», elegido en 560 por el Senado, el clero y el pueblo de Roma, utilizaba inme-

¹ Victor Arnould, *Histoire sociale de l'Eglise*, «Société Nouvelle», Octubre 1895, p. 421.

diatamente su poder para quemar la biblioteca del Palatino, destruir lo que quedaba de templos y de estatuas, expulsar los sabios de Roma y prohibir hasta la enseñanza de la gramática, conocimiento «repugnante» en un obispo y condenable en un laico? Casi todos los libros habían desaparecido. Pepino pidió libros al papa Paulo I, y



EL MONTE CASSINO Y SAN GERMÁN
(Véase página 389)

Cl. Alinari.

éste sólo pudo enviarle una miserable pacotilla, algunos manuscritos desordenados é incompletos. Después del paso de los bárbaros y de los cristianos, que menospreciaban el arte bajo todas sus formas, el trabajo literario de seis ó siete siglos se redujo á casi nada: toda la poesía latina, desde Enio á Sidonio Apolinario, cabe en dos volúmenes en folio, pero casi todo el segundo tomo está dedicado á los poetas cristianos. Los Griegos no fueron menos maltratados, la literatura helénica — obras completas y hojas sueltas — ocupan actualmente 61 volúmenes en 16.^o. ¿Dónde están, pues, las 200000 obras

¹ Remy de Gourmont, *Le Chemin de Velours*, p. 31.